

bran los griegos Ana, y los rusos Anastasia, se la llevó por mar á la ciudad de Kersonna, que acababa de tomar á sus enemigos. El estaba ciego, y su esposa le prometió que recobraría la vista recibiendo el bautismo. Verificado lo qual, convirtió á la fe á todos los señores que habian acompañado á Volodimiro en su expedicion. Este destruyó todos los ídolos, y los mandó arrojar en el Dnieper, despues de haberlos hecho arrastrar ignominiosamente por las calles: recorrió en persona sus estados para instruir á sus vasallos, y hacerlos bautizar: mandó venir de Constantinopla artifices de todas facultades para edificar iglesias, y fabricar vasos sagrados. El patriarca Nicolas Chrisoberga le envió un obispo, llamado Miguel Siro, que fué creado primer metropolitano de Kiobía. Chrisoberga estaba en comunión con la santa Sede; y así es falso, como algunos lo han sentido, que los rusos hayan empezado á ser cismáticos al mismo tiempo de hacerse christianos,

ARTICULO VI.

Estado de la iglesia de Roma, y carácter de sus pontífices en el siglo décimo.

Este siglo es, si es lícito hablar así, el triunfo de los protestantes. Las escenas escandalosas, de que Roma fué teatro, los medios violentos y culpables de que se valieron muchos papas para subir á la silla pontificia, ó para mantenerse en ella; las costumbres corrompidas de unos, la vida poco exemplar de otros, y la política falsa, engañosa é interesada de casi todos, han suministrado á los enemigos de la religion católica los medios de ejercer su malignidad contra ella con alguna especie de ventaja. Los incrédulos modernos, que recogen indistintamente todo quanto se ha dicho y refutado ántes de ellos, y que no reparan en que sean meros copiantes, ó vanos ecos de los que los han precedido, con tal que acumulen objeciones y sátiras, no cesan de repetir lo que los teólogos reformados han escrito sobre esta materia; pero los protestantes con todo su saber no han advertido que si la santidad de una religion dependiese de la de sus ministros, hallaría la reformada su condenacion en la historia de sus patriar-

cas, y los incrédulos con toda su penetracion no ven, que aun quando consiguiesen probar que todos los papas del siglo décimo han sido perversos, infames, dignos del último suplicio, estarian todavía muy distantes de haber demostrado que el christianismo no es una religion rebelada. Nosotros, mas equitativos que unos y otros, vamos á referir los hechos con la mas cabal imparcialidad, expresando asimismo el carácter de los pontífices romanos de este siglo, sus vicios, sus defectos, sus extravíos, sin disimular nada; y concluirémos esta discusion histórica con reflexiones sacadas de la naturaleza de las cosas que habrian hecho los mismos protestantes, y aun los incrédulos, que se han esforzado á ponderar mas que ellos, si no estuviesen poseidos de pasion.

Veinte y cinco papas ocuparon la cátedra de san Pedro en este siglo, entre los quales hay bastantes que han dado materia á la censura; pero tambien hay no pocos que han tenido talento y virtud, y cuyas faltas se deben achacar en parte al genio del tiempo, y á la desgracia de las circunstancias en que se han hallado. Verémos asimismo, que si algunos hicieron gemir la Iglesia, y escandalizaron á sus hijos con una vida desarreglada, otros honraron su puesto con costumbres puras, y con un zelo verdaderamente pastoral. Sigamos el paso de la historia, sin llevar otra guia que la verdad.

Juan IX., que los monumentos antiguos nos representan como un pontífice prudente y piadoso, habia muerto el año 900, despues de haber ocupado la silla poco ménos de dos años y medio. Benedicto IV., de este nombre, que fué digno por su sabiduría y virtudes de ser colocado en la primera silla del catolicismo, fué elegido para suceder al pontífice Juan. Fué recomendable por su amor por el bien público y su liberalidad con los pobres; pero su pontificado fué demasiado corto para la gloria de la religion y la felicidad de Roma, pues no ocupó la silla apostólica mas que dos años y algunos meses.

Leon V., natural de Ardea, fué electo canónicamente en lugar de Benedicto; pero seis semanas ó dos meses despues de su exáltacion fué despojado de su dignidad por Christóbal, romano, de nacimiento distinguido, que era su capellan, y que no gozó mucho tiempo de su usurpacion, porque al cabo de unos seis meses fué echado por

Sergio, y desterrado á un monasterio, de donde tan solo se le sacó para cargarlo de prisiones. Este Sergio, tercero del mismo nombre, sugeto ambicioso y violento, se habia hecho elegir por una tropa de sediciosos el año 898, despues de la muerte de Teodoro II., no siendo todavia mas que diácono; pero habiendo prevalecido el partido de Juan IX., se mantuvo oculto por siete años en Toscana, baxo la proteccion del marques Adalberto. Marocia, hija de este marques, muger entrometida y licenciosa, de la qual tendrémos que hablar muchas veces en adelante, se habia hecho poderosa en Roma. Sus mañas, y la habilidad que tenia para sujetar, por medio de su talento, á los que no habia podido seducir con sus atractivos, ó ganar con sus liberalidades, la habian hecho dueña de todos los negocios, y así se valió de su favor para hacer llamar á Sergio, que pasaba por su amante, no sin harto fundamento. Este papa miró como intrusos á los que habian subido á la santa Sede despues de su primera eleccion, y aprobó el indigno proceder de Esteban VI. contra Formoso; pero en lo demás fué espléndido y liberal. La iglesia de san Juan de Letran, en donde habia escogido su sepultura, se reedificó de arriba abaxo por diligencia suya, y á su costa. Su amistad con Marocia, cuya conducta era manifestamente escandalosa, lo han hecho acusar de un comercio infame con ella, de quien se ha llegado á sentar que tuvo un hijo, que algunos años despues se vió en la silla pontificia con el nombre de Juan XI.; pero Luiprando de Crémona, escritor satírico y apasionado, es el único contemporáneo que ha manchado la memoria de Sergio con esta odiosa imputacion; siendo así que otros han dicho que este Juan XI. era hijo de Alberico, cónsul romano, primer marido de Marocia. Sergio III. murió el año 911, habiendo reynado siete.

Pararemos rápidamente los dos pontificados de Anastasio III. y de Landon, que fueron cortos y de poca importancia, para detenernos en el de Juan X., á quien Teodora, hermana de Marocia, y no ménos famosa que ella por sus costumbres disolutas, tuvo favor para poner en la cátedra del príncipe de los apóstoles. Primero habia sido elérigo en la Iglesia de Ravena, y las mañas del Teodora, que vivia con él en comercio ilícito, le habian logrado sucesivamente el obispado de Bolonia, y el arzobispado de

Ravena. Su gobierno fué mas feliz de lo que se podia esperar de una entrada tan poco canónica. Era valiente, y entendia el exercicio de las armas mas de lo que corresponde á una cabeza de la Iglesia. Peleó contra los sarracenos, y les quitó el puesto en que se habian mantenido hasta entónces en el Garillan. Un autor de su tiempo lo representa como un pontífice dedicado al cumplimiento de su obligacion, y lleno de prudencia; y un crítico de nuestros dias lo llama hombre de corazon grande, y de entendimiento claro. Su fin fué de los mas deplorables, porque inquieta Marocia, que dominaba en Roma, con los esfuerzos que hacia para apoderarse de la autoridad, lo hizo prender y llevarlo á la cárcel, en donde se dice que fué sofocado, despues de haber ocupado la santa Silla pocas mas de catorce años.

Leon VI. y Esteban VII. no hicieron mas que aparecer. Despues de ellos Marocia, siempre dominante en Roma, se valió de su poder para hacer ordenar papa al hijo, cuyo nacimiento se atribuia á sus infames amores con Sergio III. Este pontífice, que se nombró Juan XI., no tenia mas que 25 años. Marocia, y despues otro hijo suyo, llamado Alberico, que habia tenido de Guido, marques de Toscana, gobernaron en su nombre, y lo tuvieron en la mas estrecha dependencia. Su pontificado no duró mas que quatro años y algunos meses, sin que la historia nos dé razon de sus acciones. Tal vez si hubiese tenido libertad, habria sido su gobierno sabio y útil á la religion, porque Ratier, obispo de Verona, su contemporáneo, lo nombra pontífice de feliz índole. Alberico se habia hecho dueño de Roma, y sublevado á sus habitantes contra Hugo, rey de Lombardía, que habia casado con Marocia despues de la muerte de su segundo marido Guido, marques de Toscana. Este príncipe jóven, que tenia el genio imperante, las costumbres desarregladas, y el espíritu enredador de su madre, no se opuso á la eleccion de Leon VII., que fué el que sucedió al desgraciado Juan XI. Este papa era un hombre honrado, amigo de la paz, zeloso por el buen órden, que se contenia en los límites de su obligacion, y que muy léjos de haber apetecido la dignidad pontificia, habia hecho quanto fué de su parte por huir de ella. Dióse á estimar por su afabilidad, su mansedumbre y su desinterés. Trabajó de acuerdo con Odon, abad de

Cluni, en reconciliar al rey Hugo y á Alberico, que estaban para declararse guerra. El ajuste se hizo por esta mediacion; y Hugo, en prendas de su reconciliacion, dió á su hija Alda en casamiento á Alberico. La muerte de este virtuoso pontífice, que ocupó la santa silla poco mas de tres años y medio, acaeció el día 939. El historiador Floard, que lo habia conocido, alaba su vida exemplar, y lo prudente de su gobierno.

Los dos papas que siguieron, Esteban VII. y Martin II. ó III., cuyos pontificados juntos llenan un hueco de siete años, se portaron con mucha prudencia en medio de los alborotos con que Roma continuaba en estar agitada por los bandos opuestos de Hugo y de Alberico. El primero, que era aleman, tenia contra sí para con los romanos el perjuicio de su nacimiento: y así lo atormentaron, y le movieron todos los disgustos posibles, los quales sufrió con paciencia y moderacion. Lo que él deseaba era el fin de las guerras civiles que aniquilaban á la Francia, y para obligar á los señores á reducirse otra vez á la obediencia que debian á Luis de Ultramar, los amenazó con excomulgarlos. No se le tacha de otra cosa que de haber reconocido al jóven Hugo de Bermadois, usurpador de la silla de Rheims, por legitimo pastor de aquella Iglesia, y enviándole el palio: verdad es, que es muy probable que lo engañasen en este negocio los parciales de un intruso, que era de nacimiento distinguido, y que tenia protectores poderosos. El segundo que era romano, mas agradable al pueblo, y ménos impugnado en sus piadosas intenciones, gobernó la Iglesia como buen pastor, sin ocuparse en otra cosa que en las obligaciones de su ministerio, en el alivio de los pobres, y en el reparo de las iglesias.

Agapito II., cuyo pontificado duró diez años, honró la santa Sede con su vida exemplar, su conducta moderada, y su zelo por el bien de la religion.

Ya hemos llegado al pontificado escandaloso del jóven Octaviano, tan conocido por sus desórdenes y por su perfida política, con el nombre de Juan XII. Era hijo de Patricio Adalberto, gobernador: ó por mejor decir, tirano de Roma; y aunque clérigo, habia sucedido en los empleos y en el poder de su padre, del qual se valió para hacerse elegir, despues de la muerte de Agapito el año 956, sin embargo de no tener mas que diez y ocho de edad.

Toda su vida no fué mas que una série de enredos, de traiciones, de perjuicios y de desórdenes. No puso ningun freno á sus pasiones; los mas sucios deleytes, y la licencia mas desenfrenada deshonraban en él el augustó carácter de que estaba condecorado. Para vengarse de Berenguer y de Adalberto, tiranos de Italia, que querian sujetar á Roma á su dominio, llamó á Oton el Grande en su socorro, lo consagró emperador, y le prestó juramento de fidelidad sobre el sepulcro de san Pedro, con los grandes y el pueblo de Roma; pero tan poco fiel en guardar la religion del juramento, como en observar las leyes del pudor, vendió muy pronto al que acababa de tomar por señor. Indignado el pueblo de su perfidia y de su conducta infame, dió contra él las mas vivas quejas al emperador, poniendo delante de sus ojos la torpeza é infamias de este indigno pontífice, que habia hecho del palacio de Letran, antigua habitacion de los santos, un lugar de prostitucion. Oton, atribuyendo sus extravíos al fuego de la juventud, y al ímpetu de las pasiones, le exhortó á que corrigiese sus costumbres disolutas. Juan lo prometió todo, pero no por eso mudó de vida. Al fin yendo en aumento el escándalo; siendo cada dia mas continuas y mejor fundadas las quejas, y añadiendo el papa nuevas traiciones á los demas delitos, lo mandó juzgar el emperador, y deponer en un concilio celebrado en Roma en su presencia, en donde se decidió que habiendo sido vergonzosamente profanada la cátedra pontificia por los vicios de Juan XII., debia ser echado de ella. Oton lo consintió, y Leon VIII., varon de mérito universalmente conocido, fué ordenado en su lugar con todas las ceremonias que caracterizan una promoción libre y canónica (a); pero no bien se habia apartado Oton de Roma con sus tropas, quando el papa Juan con nuevos enredos, y por la inconstancia natural de los

(a) Aunque no salimos por fiadores de la conducta de Juan XII., y que sea cierto que en su eleccion obraron el artificio y la fuerza; sin embargo, como aquella se legitimó despues por el consentimiento del clero, que acudió por evitar el cisma, es constante que la deposicion que se hizo de Juan XII., acusándole de enormes cargos en un concilio convocado por el emperador Oton, se debe reputar por legitima, como asimismo el nombramiento del antipapa Leon VIII. para sucederle; pues aunque para ella se protesta la asistencia de Juan y consentimiento del emperador, se vió despues lo contrario, desterrando á Leon, y restituyendo á Juan, que permaneció en la tiara hasta su muerte, que sucedió luego. P. Florez, *Clave hist.*

romanos, procuró los medios de volver á entrar en la ciudad, en donde exerció crueldades excesivas con todos los que habian intervenido en su deposicion. Queriendo despues unir el aparato de las fórmulas canónicas con el ímpetu de la venganza, congregó un concilio, en el qual hizo anular la ordenacion de Leon, y todo lo que se habia seguido de ella. Este pontífice, que se habia manchado con tantos excesos de todas especies, tuvo un fin muy semejante á su vida. Estando por la noche, como tres meses despues del concilio de que acabamos de hablar, fuera de Roma en una diversion ilícita, recibió un golpe, de que murió al cabo de ocho días sin haber recibido los últimos sacramentos. Habiendo esto sido el año 964, ocupó este perverso papa la santa Sede poco mas de ocho años.

Los romanos, sin atender á la eleccion de Leon VIII., ni al juramento hecho á este papa, y al emperador Oton, eligieron é hicieron ordenar á Benedicto, diácono cardinal, como si la silla pontificia hubiese vacado. Este competidor de Leon, que tomó el nombre de Benedicto V., fué ocasion de un cisma, y acarreó nuevas desdichas sobre Roma. (a) Oton, llevado del resentimiento, vino á poner sitio delante de la ciudad; y Benedicto, que tenia mas interés que nadie en impedir que cayese en manos del emperador, se presentaba continuamente encima de las murallas, exhortando á los sitiados á defenderse con valor, y amenazando á los sitiadores con los rayos de la Iglesia; pero Oton estrechó el sitio tan vivamente, que experimentando ya los romanos los horrores del hambre, tuvieron que abrirle las puertas, y entregarle á Benedicto. Un concilio que se congregó en la iglesia de Letran terminó la disputa de los dos pontífices. Leon fué confirmado en el pontificado; y Benedicto, despojado de las insignias de su dignidad, reducido al órden de diácono, fué entregado á la custodia de san Adalago, arzobispo de Brema, que lo trató honrosamente; sufrió su desgracia con ánimo; y como era virtuoso y sabio, edificó con su buen exemplo y sus instrucciones la iglesia de Hamburgo,

(a) Benedicto V. fué elegido y ordenado papa luego que murió Juan XII., y de consiguiente se debe considerar como legitimo y verdadero pastor de la Iglesia; aunque despues la fuerza y violencia de Oton hayan atentado contra su sagrada persona desterrándole, y poniéndolo en su lugar al antipapa Leon VIII.

en donde acabó su carrera el año 965. No obstante la irregularidad de su eleccion, se le cuenta entre los papas.

Despues de la muerte de Leon VIII. fué colocado en la silla apostólica con consentimiento del emperador Juan, obispo de Narni, en el ducado de Espoleto. Este papa, que se nombró Juan XIII., era de un genio altanero y ansioso de dominar. Sus altiveces lo hicieron odioso á los grandes de Roma, á quien trataba con dureza. Rebeláronse contra él, prendiéronlo, y lo encerraron primero en el castillo de Sant Angelo, y despues en una fortaleza de Campania. Noticioso el emperador Oton II., á quien él habia coronado, de la violencia que se le hacia, vino á Italia para castigar á los autores de ella. A la primer noticia de su marcha se apresuraron á llamar al papa; pero no se pudo aquietar á Oton sino con el castigo de los mas culpados. El prefecto de Roma, cabeza de la rebelion, fué entregado á Juan XIII., quien le hizo padecer aquellos ultrajes que una venganza refinada substituye á veces á la muerte. Este procedimiento poco decoroso á su memoria, acredita lo que hemos dicho mas arriba de su genio impetuoso y duro. Murió el año 972 despues de haber ocupado la santa Sede cerca de siete.

Los pontificados de los tres papas que sucedieron á Juan XIII., que fueron Benedicto VI., Francon, diácono de la iglesia romana, que tomó el nombre de Bonifacio VII., y Dono II.; no ocuparon mas espacio que de dos años. Roma estaba llena de alborotos y bandos. El consul Crescencio, hijo de Teodora y de Juan X., se habia puesto al frente de los que habian formado el proyecto de sacudir el yugo de los emperadores, y de restablecer el gobierno republicano. Benedicto VI. se hace víctima de su atencion á la religion del juramento, y de su fidelidad al legitimo soberano. Los sediciosos se apoderaron de él, lo encarcelaron en el castillo de Sant Angelo, de que eran dueños, y lo hicieron ahorcar. Despues de Dono II. siguió Benedicto VII., que ocupó la santa Sede nueve años y algunos meses, y cuya historia no refiere nada de importancia. Francon, ó mas bien Bonifacio VII., vuelve á parecer para morir al cabo de un año; Juan XIV. parece á manos de los sediciosos, y luego sigue Juan XV., poco conocido, y contado únicamente entre los papas para señalar el órden numérico de

los que han tenido el mismo nombre. Estos quatro pontificados duraron el espacio de once años desde 974, hasta 985.

Elegido Juan XVI., romano, á quien ciertos escritores han acusado de avaricia, ocupó la santa Sede. Sea lo que fuere de esta acusacion, lo que tuvo que padecer con el sedicioso Crescencio prueba á lo ménos que seguia el orden legítimo, y que no adoptaba las ideas quiméricas de aquellos que trabajaban por trastornarlo. Este papa hizo el primer exemplar de una canonizacion solemne en la de san Udalrico, obispo de Ausburgo. Para proceder á ella juntó cinco obispos con algunos cardenales, presbíteros y diáconos. En esta especie de concilio se leyó una relacion de la vida y milagros de Udalrico, que habia muerto veinte años ántes; y examinado este documento, que sin duda tenia toda la autenticidad necesaria, expidió el papa un decreto que despues de él formaron los obispos, presbíteros y diáconos, por el qual era colocado Udalrico entre los siervos de Dios, que honra la Iglesia con culto particular. Este instrumento es del año 993. Juan XVI. murió dos despues, habiendo durado su pontificado diez años.

Oton III., que se hallaba en Italia, hizo elegir á Bruno su sobrino, que no tenia mas que 24 años, y que tomó el nombre de Gregorio V. Despues de su consagracion hizo la ceremonia de la coronacion de su tio. Siendo el jóven Pontífice de la sangre imperial, no podia ménos de contar con el respeto y fidelidad de los romanos; pero apénas habia vuelto la espalda Oton para restituirse á Alemania, quando se vió Gregorio en manos del rebelde Crescencio, que no cesaba de atizar el fuego de la sedicion. Este cabeza de bando, autor de todos los alborotos, de que Roma estaba agitada, echó á Gregorio, y le opuso un Calabres, llamado Filagato, obispo de Plasencia, que tomó el nombre de Juan XVI. El emperador acudió: Filagato escapó, y Crescencio se encerró en el castillo de Sant Angelo, en donde esperaba defenderse; pero sea que á éste lo forzasen en su asilo, ó bien, como algunos autores lo han escrito, que se pusiese espontáneamente en manos de Oton, baxo la promesa de estar allí con seguridad; lo cierto es, que el emperador le mandó cortar la cabeza, para dar fin á los desórdenes que este espíritu sedicioso y turbulento ex-

citaba en la ciudad. Filagato, mutilado por la gente del emperador, fué entregado al papa Gregorio V., quien lo despojó de los hábitos pontificales, y lo hizo patear con ignominia por las calles, montado al rebes en un asno, cuya cola llevaba agarrada de la mano; venganza cobarde y bárbara contra un enemigo á quien se habian cortado ya las narices, sacado los ojos, y que en este estado debia encontrar mas bien compasion y socorro, que no nuevos ultrajes. Gregorio V. no sobrevivió mas que dos años á una accion con que quedó manchada su memoria, y murió el de 999.

Silvestre II. fué el que se le dió por sucesor por el emperador Oton que habia sido su discípulo. Este es el último papa de este siglo; y aunque no haya muerto hasta el tercer año del siglo siguiente, concluiremos en él el examen de los hechos de que nos ha parecido deber tratar. Su nombre era Gerberto, y su nacimiento bastante obscuro (a); pero su mérito, que se manifestó bien presto, lo sacó de esta obscuridad, pasando por muchos estados diferentes antes de llegar á la suprema dignidad de la Iglesia. Primero fué abad del célebre monasterio de Bovio, fundado por san Columbano en el siglo VI.; de allí fué llamado á Rheims, y gobernó la escuela pública, una de las mas famosas que habia entónces en Occidente. Hémoslo visto ensalzado á la silla de esta ciudad, y precisado á baxar de ella poco despues. La de Ravena, tan distinguida por sus privilegios y crecidas rentas, que el favor del emperador Oton le consiguió en el pontificado de Gregorio V., lo consoló de su desgracia. Por último, la silla apostólica, á la que el mismo príncipe le hizo subir, fué el último término de su fortuna. Este era el sugeto mas sabio de su tiempo; y aunque sus luces se extendian á todo, sin embargo, sobresalia particularmente en las ciencias abstractas, como el cálculo, la astronomía, las matemáticas (b). Su gusto por las letras era tan ejecutivo y tan generoso, que no excusaba ningun trabajo ni ningun gasto para adquirir libros; y su discernimiento le hacia siempre elegir obras apreciables, como son, segun se lee en sus cartas,

(a) Mr. Dupin dice, que fué de una familia considerable de Auvornia.

(b) Estas facultades las cultivó Gerberto en España con el obispo Oton de Vic, y en Córdoba, en donde florecian las ciencias.

las de Plinio, de César, de Suetonio, de Claudiano y de Boecio. Si no se puede justificar á este pontífice de alguna ambicion, no se puede á lo ménos negar que estaba acompañado de un mérito extraordinario para el siglo en que vivió. Bien conocido es su zelo contra la simonía y los otros abusos que deshonraban á la Iglesia. Su gobierno fué equitativo y moderado, y usó de su poder con prudencia, no usurpando jamas la autoridad de los príncipes temporales, ni los derechos de los otros obispos. En quanto á la imputacion falsa y absurda de haber mantenido comercio familiar con el demonio, imputacion que no tuvo otro fundamento que la ignorancia de sus contemporáneos admirados de su saber; la crítica y la filosofia lo han vengado de ella. Por último, lo que manifiesta mas claramente el carácter noble y generoso de este pontífice, son los beneficios de que colmó, quando fué papa, á aquel Arnolfo que habia sido su competidor en la silla de Rheims, y los privilegios que concedió á aquella Iglesia que lo habia echado de sí.

Nada hemos disimulado en la corta analisis que acabamos de hacer. Hemos seguido la historia por su orden, y juzgado los pontífices que han ocupado la primera silla de la Iglesia segun sus acciones; siendo nuestros fiadores los monumentos mas ciertos de su tiempo, los que han sido nuestras guías; ¿y qué resulta de toda esta discusion? que de 25 papas que ha visto subir Roma á la cátedra de san Pedro en este largo espacio de tiempo, uno ha dexado una reputacion equívoca; dos se han desacreditado á los ojos de sus contemporáneos y de la posteridad con costumbres manifiestamente corrompidas, y dos se han mostrado por el espíritu de venganza á que se entregaron, poco dignos del título de padre comun de los fieles: título que supone entrañas compasivas, y un corazón generoso. Aun entre ellos hay, excepto el desvergonzado Juan X., y el infame Juan XII., algunos á quien no se pueden negar prendas apreciables y talentos raros para su siglo. Los otros se pueden dividir en dos clases; en la primera se comprehenderán los papas, cuya conducta prudente, vida exemplar y zelo esclarecido han sido el consuelo de la Iglesia en estos tiempos borrascosos; habiéndose visto muchos que lo que debieron á la altura de su dignidad fué la ocasion de dar á conocer una prudencia consumada, y

un mérito independiente de los honores, que es en lo que consiste la verdadera grandeza, como fuéron Leon VII., Martin II., Agapito II., Leon VIII. y Silvestre II. En la segunda clase entrarán aquellos, cuyo pontificado corto y obscuro, ó sus acciones poco conocidas no dan lugar ni al elogio ni á la sátira.

Sea lo que quiera de las costumbres puras ó disolutas, de la conducta exemplar ó escandalosa, de los talentos ó de la incapacidad de todos estos pontífices, que vió Roma tan rápidamente substituidos unos á otros; lo cierto es que ninguno de ellos, aun los mas desarreglados, hizo cosa que menoscabase, ni aun ligeramente, el precioso depósito de la fe. En su tiempo, así como en el de los Leones, Gregorios y Adrianos, se conservó en la mayor integridad el tesoro de las verdades católicas. Las cartas y decretos que nos quedan de ellos se dirigen constantemente á restablecer el buen orden, á mantener la disciplina, y á reprimir los vicios, sobretodo la simonía, la venta de las cosas sagradas, y las usurpaciones sacrílegas. En ellos se representaba en toda la Iglesia la autoridad de que estaban revestidos; recurríase á ella en los casos árdnos, como al oráculo siempre existente de la religion; esperábanse sus órdenes para todos los establecimientos nuevos; daban la mision legitima á aquellos hombres alentados y zelosos que emprendian convertir los bárbaros del Norte; erigian obispados en estas nuevas iglesias y les daban pastores; en una palabra, por ellos se gobernaba todo en toda la extension del mundo christiano. Y quando su vida no correspondia á la santidad de su carácter, se respetaban los derechos inviolables de la silla apostólica, detestando los desórdenes de los que la deshonraban. Pues si á pesar de la barbarie del siglo tuvieron los christianos la equidad de no confundir el poder sagrado del ministerio con la indignidad del ministro; y si la misma ignorancia supo honrar el poder pontificio que viene de Jesu-christo en unas manos manchadas con el delito, ¿seria acaso imparcial nuestra filosofia, ó no se sospecharia en ella malignidad, si se mostrase el día de hoy ménos equitativa y ménos juiciosa: Una distincion, que no excedió á las luces del siglo décimo, que no se ocultó á unos espíritus groseros en la confusion de todas las ideas, no es obra de la sutileza; nace de la naturaleza de las cosas, dimana de las primeras nocio-

nes, y la razón misma es quien la ha dictado. Por tanto es cosa indigna ver qué ventaja pueden sacar los enemigos del christianismo y del catolicismo de lo que la historia nos ha conservado tocante á los pontífices romanos de este siglo; porque si tienen cabal su entendimiento, y recto su corazon, no deben separar dos hechos que el mismo testimonio ha reunido; el uno, que no obstante la altura del puesto, y el respeto que jamas se negó á la dignidad, los desórdenes de estos pontífices viciosos causaron horror á toda la Iglesia; y el otro, que á pesar de este horror vió en ellos toda la Iglesia sus cabezas legítimas, los sucesores del príncipe de los apóstoles, y los canales por donde la autoridad ministerial se difundia á todas las partes de la sociedad religiosa, que no puede subsistir sin ella.

Este artículo no podemos acabarlo sin admitir dos cosas que distinguen el siglo décimo de todos los demas, y que no se pueden atribuir sino á un cuidado particular de la providencia: la primera, que este es el único tiempo desde el origen del christianismo en que la Iglesia no ha sido turbada por ninguna heregía, y en que las verdades de la fe, penetrando las tinieblas de que estaba cubierta la Europa, han conservado un resplandor, que la sutileza, la inquietud, ni aun la supersticion han oscurecido; y la segunda, que esta es la época de la propagacion rápida del Evangelio en el Norte, y de los progresos maravillosos del christianismo en los climas helados, donde la política y el comercio no habia establecido aun comunicacion que hiciese fácil su acceso, y conocido su idioma á las demas naciones. Parece que Dios no permitió estas dos cosas en un siglo de obscuridad y corrupcion, sino para hacer mas visible la atencion con que vela sobre la sociedad santa de quien es autor; y para darnos á conocer mejor, que así como su mano sola, sin el auxilio de ningun otro poder, sentó sus fundamentos, ella sola tambien arregla soberanamente su destino en todas las edades.

Este artículo no podemos acabarlo sin admitir dos cosas que distinguen el siglo décimo de todos los demas, y que no se pueden atribuir sino á un cuidado particular de la providencia: la primera, que este es el único tiempo desde el origen del christianismo en que la Iglesia no ha sido turbada por ninguna heregía, y en que las verdades de la fe, penetrando las tinieblas de que estaba cubierta la Europa, han conservado un resplandor, que la sutileza, la inquietud, ni aun la supersticion han oscurecido; y la segunda, que esta es la época de la propagacion rápida del Evangelio en el Norte, y de los progresos maravillosos del christianismo en los climas helados, donde la política y el comercio no habia establecido aun comunicacion que hiciese fácil su acceso, y conocido su idioma á las demas naciones. Parece que Dios no permitió estas dos cosas en un siglo de obscuridad y corrupcion, sino para hacer mas visible la atencion con que vela sobre la sociedad santa de quien es autor; y para darnos á conocer mejor, que así como su mano sola, sin el auxilio de ningun otro poder, sentó sus fundamentos, ella sola tambien arregla soberanamente su destino en todas las edades.

CAPITULO VII.

Personas ilustres en santidad.

En el discurso preliminar hemos dicho que no entra esencialmente en nuestro plan la historia de los santos que en cada siglo han edificado la Iglesia con prodigios de fervor ó penitencia; y hemos remitido á las almas piadosas, que gustan alimentarse con esta lectura, á las obras conocidas que andan en manos del público, y particularmente á las vidas de los santos, sacadas de las actas auténticas, traducidas del ingles por los señores Gotescard y Maria, Agiografia, que reúne el mérito de la uncion y del interes con el de la eleccion y buena critica. Sin embargo, nos parece que no será inútil dar aquí una noticia compendiosa de los varones virtuosos, que han sido la luz y edificacion del siglo décimo, y lo mismo haremos en algúno de los siglos siguientes. De este modo se verá qual era todavia la riqueza de la Iglesia, y su fecundidad en estos tiempos de corrupcion, y se admirarán los medios siempre maravillosos de que Dios se vale para perpetuar en el christianismo la rama preciosa de los santos, y para contraponer los grandes exemplares de piedad á los grandes escándalos. No nos detendremos mas que en los nombres mas ilustres, para ser fieles á nuestro plan, aun desviándonos de él.

Habiendo vuelto á conquistar los griegos la isla de Creta, de los sarracenos, el año 960, por medio de las armas de Nicéforo Focas, fué necesario predicar de nuevo la religion christiana. Tanto era el progreso que habia hecho la de Mahoma en ciento y treinta años que sus discipulos habian sido dueños de aquella isla. La empresa tenia tanto mayor dificultad, quanto las supersticiones del eslamismo habian echado hondas raices, y la moral cómoda del Alcoran habia hecho olvidar los preceptos evangélicos. Un santo monje, llamado Nikon Metanoita, se entregó valerosamente á esta buena obra. Era natural de Ponto, hijo de padres distinguidos; pero se habia apartado muy jóven de las caricias y miras ambiciosas de su familia, para consagrarse á la penitencia en un monasterio, cuya disciplina era en extremo severa. Allí perma-